

**BIBLIOTECA GENERAL SALVAT**

**Comité de Patronazgo**

**DAMASO ALONSO**

Presidente de la Real Academia Española

**MIGUEL ANGEL ASTURIAS**

Premio Nobel de Literatura

**MAURICE GENEVOIX**

Secretario Perpetuo de la Academia Francesa

JENOFONTE

**RECUERDOS DE SOCRATES**

**APOLOGIA O DEFENSA  
ANTE EL JURADO**

**SALVAT EDITORES, S. A.  
ALIANZA EDITORIAL, S. A.**

© 1971 Salvat Editores, S. A. - Alianza Editorial, S. A.

Traducción y notas de Agustín García Calvo

Impreso en:

Gráficas Estella, S. A. Carretera de Estella a Tafalla, km. 2 - Estella (Navarra) - 1971

Depósito Legal NA. 762 - 1971

Printed in Spain

**Edición especialmente preparada para  
BIBLIOTECA GENERAL SALVAT**

Si no es poco lo que se adeuda a Jenofonte en razón de *Las Helénicas*, continuación de la obra inconclusa de Tucídides, y de la célebre *Anábasis*, que trata de aquella pretérita expedición de Ciro el Joven contra Artajerjes II (con el acompañamiento de los Diez Mil griegos en calidad de mercenarios), con mayor razón debemos estarle agradecidos por la documentación, más o menos discutible y controvertida, que nos ha dejado sobre el caso, o bien *affaire*, de Sócrates.

Al Sócrates idealizado que nos ha transmitido Platón, han contrapuesto o enfrentado algunos eruditos helenistas la figura aparentemente más realista que nos brinda Jenofonte. Este historiador griego nos ha transmitido su propia visión de la personalidad de Sócrates a través de los dos textos fundamentales que ofrecemos en esta edición: los *Recuerdos de Sócrates*, con toda su problemática interpretativa, y la *Apología o defensa ante el jurado*, los cuales complementó el autor con el llamado *Simposio* o *Convite*. Fácilmente se deduce que la actitud reflejada en estas obras testimonio es apologética, es decir, sustentada en el propósito de defender al remoto filósofo de las acusaciones que en su tiempo se le dirigieron.

Bien dice el traductor, García Calvo, que la costumbre de Sócrates, en contraposición al «verbalismo del político o del sofista», consiste en preguntar siempre «¿qué?». En Jenofonte, tal averiguación se brinda de forma algo tergiversada. Ahora bien, lo que principalmente importa es el valor documental del legado que tal autor nos transmite, con todas las reservas que pueda implicar, y con el auxilio, además, de un estilo que se define por su extrema claridad, fluencia y singular nitidez. Al investigador corresponde discernir lo que es propiamente mostrenco de lo genuinamente auténtico, de lo que se corrobora como cierto y evidente.

Aunque la fama de Jenofonte descansa razonablemente en su *Anábasis*, o *Retirada de los Diez Mil*, igual difusión merecen sus escritos acerca de la persona y la doctrina socráticas.

Añadamos que Jenofonte nació en el *demós* de Erkhia, cerca de Atenas, hacia el año 434 a. C., y murió, al parecer, en Corinto. Discípulo de Sócrates, dejó, entre sus otras obras, la *Ciropeдия*, o *Educación de Ciro*, y el diálogo *Económica*, texto en el que igualmente figura Sócrates.

## INDICE

### RECUERDOS DE SOCRATES

	<u>Págs.</u>
Libro primero . . . . .	13
Libro segundo . . . . .	48
Libro tercero . . . . .	84
Libro cuarto . . . . .	123
 APOLOGIA O DEFENSA ANTE EL JURADO . . . . .	 161

## LIBRO PRIMERO

*CAPITULO 1.1.* Más de una vez me he preguntado con asombro con qué especie de argumentos pudieron persuadir a los atenienses los acusadores de Sócrates de que era reo de muerte ante el Estado. Pues el texto de la acusación contra él venía a ser algo como lo siguiente: «Es Sócrates reo del delito de no reconocer los dioses que el Estado reconoce y de introducir otros genios o espíritus extraños: y asimismo del delito de corromper a nuestros jóvenes»<sup>1</sup>. 2. Pues bien, en primer lugar, respecto a aquello de que no reconocía los dioses que el Estado reconoce, ¿en qué clase de testimonio pudieron apoyarse? Porque haciendo sacrificios se le vio muchas veces en su casa, muchas también en los altares públicos de la ciudad, y no dejó de vérselo igualmente acudir a la adivinación: llegó, en efecto, a ser de público comentario que Sócrates decía cómo el espíritu o divino genio<sup>2</sup> le guiaba con sus

1. El texto de la acusación, según el testimonio del filósofo platónico Favorino, que recoge Diógenes Laercio en su libro II, capítulo 40, se conservaba en Atenas en los archivos del templo de Cibele todavía en el s. II d. C., y la versión que da Diógenes viene a coincidir con ésta, precediendo un encabezamiento en que se presenta como acusador Meleto. Cfr. también el texto en Platón, *Apología*, 246.

2. Para lo que aquí traducimos por «espíritu o divino genio» emplea Jenofonte la forma neutra τὸ δαιμόνιον, menos peligrosa que el nombre masculino ὁ δαίμων de ser interpretada como aludiendo a un ser divino personal. Sea lo que quiera de la interminable discusión sobre el «demonio» socrático, poca duda cabe de que era socrática y querida la ambigüedad respecto no sólo de su carácter de figura divina o de fuerza mágica o racional, sino también de su exterioridad o interioridad, genio tutelar de la persona (cfr. *Fedón*, 107 d) o facultad espiritual de la persona.

avisos. Que es al fin de donde justamente me parece a mí que vino, sobre todo, el acusarle de introducir divinidades o espíritus extraños. 3. Pero en verdad que no introducía él mayor extrañeza ni novedad alguna que todos aquellos otros que, creyendo en la adivinación, acuden a los vuelos de los pájaros y las voces casuales o los encuentros<sup>3</sup> y al examen de los signos en los sacrificios. Pues suponen éstos no que las aves ni las gentes con que se tropiezan sepan nada al propósito por el que consultan, sino que los dioses por medio de ellos les comunican lo que a su propósito conviene; que es lo que igualmente Sócrates creía. 4. Sólo que la gente dice en general que son los agüeros o los encuentros casuales los que los apartan de su propósito o les animan a seguirlo, mientras que Sócrates se expresaba según entendía que ello era, diciendo que el espíritu o divino genio con sus avisos le guiaba. Y aun a muchos de los que con él andaban les avisaba de hacer tales cosas y tales otras de no hacerlas, de acuerdo con las advertencias del divino genio; que bien les fue a los que le hicieron caso, y a los que no le hicieron hubo de pesarles. 5. Por cierto que ¿quién puede creer sino que no tenía él interés ninguno en pasar por necio ni fanfarrón a los ojos de sus acompañantes?: y ambas cosas hubiera parecido, si, después de hacer una advertencia como por inspiración divina, hubiera resultado haber hablado en falso. Claro pues está que no hubiera dado tal aviso, si no confiara en que saldría verdadero; pero esta confianza ¿en quién puede fundarla uno sino en una divinidad? Mas confiando entonces en dioses, ¿cómo sería verdadero; pero esa confianza ¿en quién puede fundarla uno más hacía con sus amistades: que, en las cosas que no hay más remedio, les aconsejaba que las hicieran de la manera que mejor les pareciese; mas acerca de las inciertas, cuyas consecuencias no es dado prever, los mandaba a consultar a los oráculos si debían o no hacerse. 7. Decía asimismo que los que hayan de gobernar bien o casas o naciones necesitan acudir a la adivinación: pues, en cuanto a adquirir habilidad de carpintero o de herrero o de labra-

3. Entendemos aquí (como en la *Apología*, 13) *συμβολοι* en el sentido restringido de *ἐνδέιοι συμβολοι*, «encuentros casuales», procedimiento de adivinación por interpretación convenida de la clase o la actitud de la persona que uno se encuentre en determinado momento o situación, que, como el otro por interpretación de las voces oídas casualmente, conocemos como usado en muy diversos tiempos y lugares.

dor o de conductor de hombres, o la de la teoría sobre tales tareas o la de la aritmética o la economía o la estrategia, todos esos aprendizajes, sí, consideraba él que eran asequibles a las humanas facultades; 8. pero lo más importante de lo que en esas actividades hay decía que los dioses se lo habían reservado para sí mismos. En efecto, ni está cierto para el que ha sembrado debidamente un campo quién habrá de cosecharlo, ni cierto para el que debidamente ha construido una casa quién habrá de morar en ella, ni cierto para el que sabe mandar ejércitos si será para bien mandarlos, ni cierto para el que sabe gobernar si será bien ponerse al frente del estado, ni para el que casa con mujer hermosa por gozarse en ella cierto está si no tendrá por ella duelos, ni para aquél que en la ciudad formó un partido de hombres poderosos cierto está si no tendrá por ellos que salir de la ciudad para destierro. 9. Cuanto a los que creen que nada en tales cosas hay de divino espíritu, sino que es todo de la razón y juicio humano, de éstos decía que estaban locos y poseídos de divinidad<sup>4</sup>, pero no menos poseídos los que abandonan a la adivinación las cosas que a los hombres les han dado los dioses a decidir según su propio examen, como si uno consultara si es mejor tomar en el carro por cochero a uno que sabe guiar carros o a uno que no sabe, o si es mejor tomar por timonel de su nave a uno que sabe pilotar barcos o a uno que no sabe; o bien todo aquello que es dado conocer por cuenta o medida o peso, los que por tales cosas preguntaban a los dioses consideraba él que contra toda ley obraban. Y así decía que, en aquello que dejaron los dioses para hacer en virtud de aprendizaje, había que aprender, mas en las cosas que no son claras para los hombres, intentar informarse de los dioses por medio de adivinación: pues los dioses a los que en su gracia están envíanles señales. 10. En fin, lo cierto es que siempre andaba él a la vista de la gente, que de madrugada se iba a los paseos y a las escuelas de ejercitación, y a la hora que la plaza está más concurrida allí podía vérselo, y el resto de cada día por los sitios estaba en donde había de encontrarse con más gente; que hablando estaba lo más del tiempo, y a los que quisieran les era dado oírle:

4. «Que estaban locos y poseídos por la divinidad» se dice con *δαιμονῶν* ingeniosamente; precisamente los que fían ciegamente en sus potencias para aquello que corresponde a los dioses padecen de una manía y superstición pareja a la de aquellos que confían a los dioses lo que ellos pueden resolver.

11. Pero nadie vio nunca a Sócrates hacer nada contra piedad o religión ni le oyó decirlo. Ni aun siquiera acerca del ser del universo<sup>5</sup> se dedicaba a hablar, a la manera que hacían casi todos los otros, especulando sobre cómo el llamado por los intelectuales cosmos se había originado ni en virtud de qué fuerzas se producen los diversos fenómenos celestes; aún más, a los que cavilaban en semejantes cosas los convencía de insensatos.

12. Conque lo primero averiguaba acerca de ellos si era que por ventura, persuadidos ya de saber bastante de los asuntos humanos, pasaban a preocuparse de semejantes temas o bien, dejando de lado los humanos asuntos, consideraban en cambio que lo que procedía era investigar en los divinos. 13. Con asombro se preguntaba si no era para ellos evidente que esas cosas no les es posible a los hombres averiguarlas: pues a bien que hasta los que con más conocimiento hablaban en lo tocante a ellas no tenían entre sí concordantes pareceres, sino que era igual a la de los locos la manera en que los unos a los otros se oponían. 14. Pues de los locos —decía él— hay unos que ni de lo que hay que tener miedo tienen miedo y otros en cambio que temen aun aquello que no hay por qué temer, o también a los unos ni en medio de la gente se les antoja vergonzoso decir o hacer lo que sea, mientras a los otros ni aun salir a juntarse con los hombres les parece que haga falta, y asimismo, mientras unos no respetan ni sagrado ni altar ni ninguna de las cosas divinas, otros en cambio, adoran hasta piedras y maderos con que tropiecen y animales; así también —de-

5. «Ser del universo» traduce η τῶν πάντων φύσις; con «intelectuales» traducimos σογισταί, que en todo caso hace referencia a quienes hacen profesión y especialidad de la especulación intelectual; este uso del nombre *cosmos* se dice que procede de Protágoras. Parece que en estos párrafos se exagera la oposición de Sócrates a las especulaciones físicas, acaso para contradecir la opinión vulgar que ya desde *Las Nubes* lo presentaba peligrosamente absorbido en ellas. Puede quedar de cierto que así como Sócrates perturbaría siempre al hombre práctico introduciendo en el campo de las acciones la reflexión, así rechazaría la que se pretende pura especulación (esto es, que, dándose en la sociedad, pretende un mero enfrentamiento con la naturaleza en sí), que, en efecto, es posible incluso (cfr. I.12) que redujera al campo de la religión, reconociendo así la identidad entre ciencia natural y teología (piénsese en los círculos pitagóricos) frente a las actividades dialécticas y elécticas a que él se dedicaba y hacía dedicarse a los que con él hablaban.

cía— de los que andan afanándose en torno al ser del universo los unos tienen opinión de que lo que es es uno solo, los otros de que son en número infinito; unos también que todo se está moviendo siempre, otros en cambio, que nunca puede moverse nada; y unos, en fin, que todas las cosas están naciendo y pereciendo continuamente, mientras otros que nada puede nacer jamás ni perecer<sup>6</sup>. 15. Pero les proponía también otras cuestiones a los tales, a saber, si, así como los que estudian los asuntos humanos cuentan con que aquello que aprendan podrán aplicárselo a sí mismos y a quienes quieran de los otros hombres, así también los que investigan en las cosas divinas creen que, una vez que conozcan las fuerzas y leyes por las que cada fenómeno se produce, podrán aplicar esto a producir, cuando lo quieran, tanto vientos como lluvias o temperaturas de tal o tal estación y cualquier cosa de esas que les haga falta, o bien si es que no tienen esperanzas semejantes y les basta con saber tan sólo de qué manera cada cual de tales fenómenos se produce<sup>7</sup>. 16. Acerca pues de los que andaban metidos en negocios de esos cosas como esas son las que decía. Cuanto a él, conversaba siempre acerca de las cosas humanas, inquiriendo a ver qué era religioso y qué irreligioso, qué decente y qué deshonesto, qué justo y qué injusto, qué cordura y qué locura, qué valentía y qué cobardía, qué un estado y qué un hom-

6. Lo de que «es uno solo», más que de Jenófanes y Parménides, es el descubrimiento de todos los primeros filósofos, desde Tales; lo de que «son en número infinito» se aplica bien a las doctrinas atomísticas de Demócrito y Leucipo; lo de que «se está moviendo siempre» es la versión vulgata atribuida a los heraclitanos (que poco tiene que ver con la lógica de la contradicción del propio Heraclito); lo de que «nunca puede moverse nada» puede estar sacado de las formulaciones de Parménides que hacen incompatible el «es» con el «se mueve» o sacarse como torpe conclusión de las aporías de Zenón de Elea. Lo que, desde luego, es una ineptia es presentar a Sócrates denunciando como contradictorias (en cuanto referidas al mismo objeto y hechas en el mismo lenguaje) formulaciones con objetos y métodos tan dispares.

7. Es curioso que las ciencias que el Sócrates de Jenofonte sospecha de incapaces de aplicación práctica hayan venido a ser las ciencias prácticas por excelencia, y algunos de los milagros que aquí enuncia estén cumplidos, no simplemente—claro está—porque la intelección de los fenómenos permita la aplicación, sino al par y a la inversa, en cuanto la domesticación de los fenómenos como hechos prácticos permite su intelección.

bre de estado, qué el gobierno de hombres y qué el dirigente de hombres, y, en fin, acerca de tantas otras cosas que los que supieran de ellas consideraba él que eran propiamente hombres de bien y los que las ignoraban que con más razón cabezas de servidumbre habían de llamarse. 17. Así que en cuanto a los asuntos en que no era notorio de qué modo pensaba, nada de extraño tiene que, al juzgarlo con motivo de ellos, se equivocaran los miembros del jurado; pero en aquellas cosas suyas que todos conocían, ¿no es bien sorprendente que no cayeran en la cuenta de ellas? 18. Por ejemplo, habiéndole una vez tocado formar parte del Consejo<sup>8</sup> y habiendo prestado el juramento de los consejeros, en que se promete llevar las deliberaciones en acuerdo con las leyes, como quiera que le tocara presidir en la Asamblea popular en ocasión que se empeñaba el pueblo en contra de las leyes en condenar a muerte a nueve estrategos (Trasilos y Erasínides con sus colegas) en una sola votación a todos, se negó a someter a voto la propuesta, arrojando no ya sólo el enojo del pueblo contra él, sino también las amenazas de muchos poderosos; pero tuvo en más guardar su juramento que complacer al pueblo en contra de lo que era de justicia y ponerse a salvo de los que le amenazaban. 19. Y es que en efecto creía él que hay dioses que se ocupan de los hombres, aunque no de la manera que lo suele creer la gente: pues piensan generalmente que los dioses unas cosas saben y otras no; pero Sócrates estaba en que todas las cosas hay dioses que las saben, las que se dicen y las que se hacen y las que en secreto con uno mismo se maquinan, y que estaban dondequiera presentes y enviaban a los hombres señales acerca de todos los asuntos humanos<sup>9</sup>. 20. Me pregunto, pues, con extrañeza cómo se

8. Del Consejo de 500 miembros, cada grupo de 50 (los correspondientes a cada tribu) se alternaban cada treinta y cinco o treinta y seis días, según orden establecido por suerte al comenzar el año, en llevar la dirección de los asuntos y vivir en el Pritaneo; de los 50 se sacaba, por sorteo, cada día el presidente, que entre otros cargos debía presidir la Asamblea del pueblo, si se juntaba en aquel día (v. Aristóteles, *Const. At.*, 43). Sobre esta actuación de Sócrates cf. la versión en Jenofonte, *Helénicas*, I.7.15, y Platón, *Apol.*, 32 b.

9. Nótese que dice «dioses» para Sócrates y «los dioses» para la opinión común, una diferencia que insinúa discretamente Jenofonte. Que Zeus todo lo ve está ya en Hesiodo; al surgir el mundo de la interioridad, la visión de los dioses progresa también hasta abarcar el nuevo dominio.

pudo persuadir a los atenienses de que Sócrates tenía respecto de los dioses actitudes aventuradas, él que no sólo no dijo nunca nada impío acerca de los dioses ni nada impío hizo, sino que hablaba y se comportaba de una manera en lo tocante a ellos tal que cualquiera que así hablase y se comportase tenía que ser tenido por el más piadoso de los hombres.

*CAPITULO II.1.* Y extraño pareceme igualmente que llegara a convencerse a nadie de que Sócrates corrompía a nuestros jóvenes, cuando él, aparte de lo dicho, era en primer lugar en los placeres del amor y de los manjares el más continente de los hombres, después para el frío y el calor y toda clase de fatigas el más duro, y en fin, acostumbrado de tal modo a la medida en sus necesidades que, tan escasos como eran los bienes de que disponía, con tanta facilidad tenía lo que le bastaba<sup>10</sup>. 2. ¿Cómo entonces, siendo él así como era, pudo haber hecho a otros hombres impíos o sin ley o glotones o incontinentes para los placeres o blandos ante las penalidades? Muy por el contrario, muchos hubo a los que apartó de tales vicios, encendiéndoles el deseo de virtud y abriéndoles esperanzas de que, si atendían al cuidado de sí mismos, llegarían verdaderamente a ser hombres de bien. 3. Y aun de esto nótese que nunca llegó a hacer promesa de ser maestro, sino que con mostrárseles él tal como era esperanza hacía nacer en los que pasaban con él el tiempo<sup>11</sup> de que, imitándolo, llegarían a ser tales como él. 4. Y aún es de notar que tampoco del cuerpo se desentendía él ni decía bien de quienes se desentendieran. Así que, si bien desaprobaba lo de que, hartándose de comer, se hartara uno de trabajar, aprobaba en cambio que, todo cuanto el espíritu con gusto recibiera, lo consumiera uno en un trabajo proporcionado: pues ése era el régimen de vida convenientemente saludable —decía él— y el que no estorbaba del cuidado del espí-

10. Recuérdese el momento en que en la *Apología* platónica Sócrates presenta como testigo su pobreza. Las posesiones de Sócrates se evalúan en el *Económico* (II 3) en cinco minas, unas 460 pesetas oro, por tanto, unas 9.000 pesetas actuales, aunque, calculando sobre el valor adquisitivo, podrían tal vez multiplicarse por tres o cuatro.

11. Fiel a la proclamación de Sócrates (en Platón, *Apol.*, 33) de no haber sido nunca maestro de nadie, Jenofonte alude siempre a sus acompañantes como «los que con él estaban» o «los que con él pasaban el tiempo» o lo más «los que le tenían afición».

ritu. 5. Mas en verdad que no era él nada de exquisito o pretencioso ni en el arreglo del vestido ni en el calzado ni en todo el resto de su porte; no, por cierto, ni tampoco hacía codiciosos de riquezas a los que le acompañaban; pues si de los deseos de otras cosas los desanimaba, de los que tenían el deseo de su propia compañía no sacaba él dinero alguno. 6. Y con el apartarse de tal medio de ganancia tenía él por cierto que se estaba cuidando de la libertad: a los que, en cambio, por su frecuentación recibían paga los llamaba subastadores de sí mismos, por cuanto se les imponía conversar con aquellos de quienes la paga recibían. 7. Y se maravillaba de que alguien por dedicarse a profesar virtud ganiera a recibir dinero y no considerara que sacaría la mayor ganancia con lograr un buen amigo o que temiera que el que así llegara a ser hombre de bien no le había de guardar el mayor agradecimiento a quien le había hecho el mayor de los favores. 8. Sócrates, por su parte, ante nadie hizo nunca profesión de nada de eso; mas confiaba en que aquéllos de entre los que con él andaban que hubieran recibido los principios a que él daba aprobación para toda la vida habrían de ser amigos buenos para él, y los unos para con los otros. ¿Cómo, pues, un hombre como ése podía corromper a nuestros jóvenes? A no ser que entonces sea corrupción el cuidado de la virtud. 9. Pero es que, a fe mía decía el acusador<sup>12</sup>—, acostumbraba a despreciar las leyes establecidas a los que con él estaban, al decir que cosa necia era designar a la suerte a los gobernantes de la ciudad, mientras que para piloto nadie quiere valerse de uno sacado a suertes, ni para carpintero, ni flautista, ni para otras funciones como éstas, que, en caso de errar en ellas, mucho menos daño causan que no los yerrores en asuntos de gobierno, y que propósitos semejantes daban alas a los jóvenes para burlarse de la constitución establecida y los convertían en rebeldes y amigos de violencia. 10. Pero yo lo que pienso es que los que ejercitan la reflexión y se precian de

12. Aquí y en los capítulos siguientes aparece «el acusador», que, más que referirlo a Meleto, el acusador del juicio, prefieren los estudiosos entenderlo como aludiendo a Polícrates, el autor del panfleto antisocrático que, en parte, habría provocado estos primeros capítulos de los *Recuerdos*.—Parte de los magistrados se elegían por sorteo, con dos urnas, una con habas blancas y de color y la otra con los nombres de los candidatos, de los cuales aquel a cuyo nombre correspondiera una haba blanca quedaba designado.

llegar a ser capaces de mostrar a sus conciudadanos lo que mejor conviene son los que menos pueden venir a dar en violentos ni rebeldes, sabiendo, como saben, que con la violencia están envueltas enemistades y peligros, mientras que por el camino de la persuasión sin riesgo y en buen amor lo mismo se consigue. Pues los que son forzados a algo, como sintiendo que algo se les ha arrancado, odian, y, en cambio, los que han sido persuadidos, como que tienen causa de agradecimiento, quieren bien. Conque no es de gente que se ejercita en la reflexión el obrar por la violencia, sino propio de gente con fuerzas y sin seso el acudir a tales medios. 11. Y aún más, que al que se atreva a obrar por la violencia no pocos aliados han de hacerle falta; pero al que tiene poder de persuadir, ninguno, pues, aun siendo solo, dado le será pensar que puede convencer a todos. Y a bien que derramar sangre no es cosa a los que son así que les ataña, pues ¿quién va a querer matar a uno mejor que, traído por convencimiento, gozar en vida de él de su buena ayuda? 12. Sí, pero—decía el acusador a esto—Cricias<sup>13</sup> y Alcibiades, que fueron un tiempo acompañantes de Sócrates, causaron ambos al estado males incontables; que Cricias, de todos los de la oligarquía, resultó ser el más rapaz y el más violento y sanguinario, como fue Alcibiades, de todos los de la democracia, el más intemperante y el más descomedido y más violento. 13. En cuanto a mí, desde luego, por cuanto pudieron hacer de malo aquellos dos a la ciudad, no voy a salir en su defensa, pero sí voy a explicar cómo fue el trato con Sócrates que tuvieron ambos. 14. Ello fue, en suma, que por su natural eran esos dos hombres los más ambiciosos de todos los atenienses, afanosos de que todos los asuntos se manejaran por sus manos y de hacerse renombrados entre todos. Conque se enteraron de cómo Sócrates, contando con unos ingresos de lo más menguado, vivía con la más completa independencia y era en todos los placeres continente en grado sumo, y de cómo a los que se ponían a conversar con él los llevaba a todos en las discusiones por donde quería. 15. Lo cual al verlo aquellos dos y siendo ambos como queda dicho que eran, ¿con qué intención va a pensar uno que acudieron a buscar su trato: encendidos de

13. Sobre Cricias y la tiranía oligárquica de los Treinta puede verse Jenofonte, *Helénicas*, II, 3. Sobre Alcibiades, Tucídides, V.43 y ss., y I. VIII; y Jen., *Hel.*, I, 1-5, y II, 1-3; para su relación con Sócrates es ilustrativa su aparición en el *Banquete* platónico, 212 d.

afición a la vida de Sócrates y a la paz de espíritu que en él había o más bien porque esperaban que, si entraban en su compañía, alcanzarían la mayor eficacia en el hablar y en las acciones.

16. Lo que es yo, para mí tengo que si algún dios les da a elegir entre tener que vivir toda la vida tal como veían vivir a Sócrates o quedar muertos en el acto, habrían escogido mejor los dos el quedar muertos. Y que aquello era así lo demostraron con la conducta que después siguieron, pues apenas consideraron que ya estaban por encima de los otros que les rodeaban, en seguida, dejando a Sócrates plantado, se pusieron a dedicarse a la política, que era para lo que habían acudido a buscar a Sócrates.

17. Puede entonces que a alguno se le ocurra decir ante esto que bueno hubiera sido que Sócrates no adiestrara a sus compañeros antes en asuntos de política y gobierno que en tener aquella paz de espíritu y prudencia. Que yo nada contra eso tengo que decir; pero lo cierto es que todos los que enseñan yo los veo que, por un lado, se ponen a sí mismos ante los que están aprendiendo de ellos, mostrándoles de qué modo practican ellos aquello de que enseñan, y, por el otro, los hacen avanzar con el razonamiento. 18. Pues bien, me consta que Sócrates también si de una parte se mostraba a los que con él iban como hombre de bien que era, de la otra con ellos conversaba. Y me consta asimismo que aquellos dos eran hombres de paz y de prudencia en tanto que con Sócrates estuvieron, y no por miedo de ser por Sócrates condenados a multa ni azotados, sino porque creían de verdad entonces que ésa era la mejor manera de comportarse. 19. A esto puede ser que digan muchos de los que presumen de filósofos que nunca podrá darse que el que es justo se haga injusto ni el prudente descomedido, ni tampoco que en las cosas de que cabe aprendizaje el que haya aprendido algo se vuelva nunca ignorante de ello. Por mi parte, no soy sobre ese punto del mismo parecer, pues veo que así como las acciones corporales los que no ejercitan sus cuerpos no las pueden cumplir, así no pueden las acciones del espíritu los que su espíritu no ejercitan, pues ni a lo que deben pueden dedicarse ni de lo que deben abstenerse<sup>14</sup>. 20. Que

14. Nótese que si bien Jenofonte se opone socráticamente a las doctrinas, sustentadas por algunos «*sofistas*», de la virtud y el vicio como hechos naturales (cfr. en la *Ciropeia* cómo reprocha Ciro a Tigranes el creer que la virtud sea un *páthema* del alma y no un *máthema*), en cambio, en el 14 ha atribuido a la naturaleza de Cri-

es justamente por lo que los padres a sus hijos, aunque sean prudentes, procuran, sin embargo, de los hombres viciosos apartarlos, como en creencia de que es el trato con los hombres de pro ejercitación de la virtud y el de los viciosos perdición de ella. A lo que da su testimonio aquel poeta cuando dice:

*Bien de los buenos aprenderás; si en trato con viles  
entras, arruinarás aun lo que en ti hay de razón;*

y aquel que dice:

*Ab, pero un hombre de bien ora vil, ora es todo  
[noble]<sup>15</sup>.*

21. Y también yo añado a éstos mi testimonio: que es que veo que así como los poemas épicos, bien compuestos y medidos, a los que no se ensayan en su recitación se les olvidan, así también los razonamientos didascálicos en aquellos que los dejan de frecuentar y los descuidan van cayendo en el olvido. Ahora bien, cuando uno se olvida de los razonamiento destinados a abrir los ojos, olvidado está también de aquellas cosas que el alma, al padecerlas y sentirlas, enciéndese en deseo de paz y sabiduría; y en olvidándose ya de éstas, nada de extraño tiene que se olvide de la paz también y la sabiduría. 22. Asimismo veo a los que están ya muy dados a la bebida o muy hundidos en las pasiones del amor que son menos capaces de atender a lo que deben y de evitar lo que no les es bueno; pues muchos hay que aun siendo capaces de administrarse sus dineros antes de caer en el amor, una vez enamorados ya no son capaces, y en habiendo ya derrochado sus haberes, aun aquellos modos de ganancia de que antes se apartaban, teniéndolos por infamantes, ya no se apartan de ellos. 23. ¿Cómo, pues, no va a caber que quien ha sido prudente antes obre luego sin prudencia y que quien fue capaz de actuar con justicia luego, en cambio, no sea ya capaz? Conque a mí, des-

cias y Alcibíades caracteres que le sirven para exculpar a la influencia de Sócrates sobre ellos.

15. El dístico elegíaco está en la colección de versos de Teógnide de Mégara (v. 35-36); Jenofonte se lo hace citar a Sócrates también en el *Simposio*, II, 4, y Platón en el *Menón*, 95 d. El hexámetro siguiente (que se cita también en Platón, *Protágoras*, 344 d) es de autor desconocido.

de luego, me parece que todas las cualidades nobles y buenas están sujetas a ejercitación, y entre ellas en especial la prudencia y el buen juicio. Pues arraigados como están en el cuerpo mismo a la par del alma, los instintos de placer la están convenciendo siempre de no guardar prudencia, sino por la vía más corta complacerlos, tanto a ellos como al cuerpo. 24. Así que, en fin, lo mismo Cricias que Alcibiades, mientras con Sócrates estuvieron, capaces fueron, contando con él como aliado, de dominar las pasiones bajas. Mas, una vez que uno y otro de él se separaron, Cricias, por su parte, desterrado en Tesalia, tuvo trato allí con hombres más bien habituados a una vida sin ley que no a justicia; y en cuanto a Alcibiades, perseguido en gracia de su hermosura por muchas y muy respetables damas, en gracia de su influencia en la ciudad y entre los aliados mimado y adulado por muchos hombres y poderosos, contando, en fin, con el favor del pueblo y fácilmente así triunfando, tal como sucede que en las competiciones deportivas los atletas que triunfan fácilmente se descuidan de su ejercitación, así también aquél se descuidó del ejercicio de sí mismo. 25. Conque habiéndoseles dado tales casos, y estando ambos por un lado envanecidos de su nacimiento, estimulados por su dinero, hinchados del orgullo de su poder, estragados, por otro lado, por la adulación de muchos hombres, corrompidos, en fin, con todo esto y habiendo además permanecido aparte de Sócrates mucho tiempo, ¿qué de extraño tiene que vinieran a dar en insolentes y soberbios? 26. Y entonces de cualquier falta que pudieron ellos cometer viene el acusador a culpar a Sócrates; mientras que, en cambio, por el hecho de que en la juventud de ambos, justamente cuando era de esperar que fueran más insensatos y desenfrenados, Sócrates los mantuviera juiciosos y prudentes, por eso no le parece al acusador que merezca él alabanza alguna. En verdad que no se juzgan así las cosas en otros casos: 27. Pues, ¿de qué flautista, de qué tañedor de cítara o de cuál otro maestro en algún arte que haya sacado discípulos capaces se sabe que, porque éstos luego, tras haberse ido con otros, vengan a resultar peores, se le eche la culpa de ello? Y ¿qué padre hay que si un hijo suyo, ejercitándose con uno, da muestras de prudencia, y más tarde, viniendo a tratar con algún otro, se vuelve un insensato, eche la culpa al de primero, y no más bien, cuanto de peor condición se muestra en la compañía del segundo, tanto más tenga que alabar a aquél de antes? Qué digo, y aun los padres mismos que viven con sus hijos, al cometer los

hijos alguna falta, no cargan con la culpa, siempre que ellos sean hombres prudentes por su parte. 28. Pues bien, así también sería la manera justa de juzgar a Sócrates: si él, por su cuenta, se portaba indignamente en algo, razón habría para tenerlo por malvado; pero si él, hasta el fin de sus días, iba viviendo como prudente, ¿en nombre de qué especie de justicia puede recibir la culpa de la maldad que en él no estaba? 29. Pero todavía, si fuera el caso que, aun él no haciendo nada malo, al ver a aquéllos comportarse indignamente aprobaba su proceder, motivo habría para reprochárselo. Pues bien, a Cricias, por poner un ejemplo, al darse cuenta de que andaba enamorado de Eutidemo<sup>16</sup> y que intentaba usar de él según la práctica de los que se aprovechan de los cuerpos para sus placeres, trataba de desviarlo de ello, repitiéndole que era cosa baja y nada digna de un hombre de bien eso de ir a suplicar a la persona amada, a cuyos ojos pretende aparecer como sujeto de gran mérito, rogándole como los mendigos y pidiéndole que le dé un poco más, y además eso no tratándose de cosa muy decente. 30. Mas como no atendiera Cricias a razones tales ni se desviara de su intento, cuéntase que Sócrates delante de otros varios, y entre ellos Eutidemo, dijo cierta vez que le parecía que era una pasión porcina la que sentía Cricias al desear rozarse contra Eutidemo, como los puercos contra las paredes. 31. Que en el fondo de ahí venía que Cricias le guardara rencor a Sócrates, al punto de que una vez que, formando parte del gobierno de los Treinta, había sido designado, junto con Caricles, legislador, quiso hacérsela pagar, y así, en las leyes, hizo introducir la cláusula de «queda prohibido enseñar el arte de los razonamientos», apuntando con esto a él y sin saber por dónde poder cogerlo más que atribuyéndole la práctica de las argucias que suele achacar la gente a los filósofos<sup>17</sup> en general. Porque, que yo sepa, tampoco acerca de eso ni le oí nunca hablar al propio Sócrates ni supe de ningún otro que dijera que le había oído. 32. Mas la cosa vino a hacerse evidente luego; pues cuando ya los Treinta a muchos de los ciudadanos, y no los me-

16. Este hermoso Eutidemo vuelve a aparecer, como interlocutor de Sócrates, en el libro IV, II, III, V y VI.

17. «Filósofos» designa aquí más bien a los que solemos llamar sofistas, cuya enseñanza práctica (para el foro o la política) solía dirigirse al arte de «hacer fuerte la razón débil»; es éste el otro tipo de actividad (junto a las de los «físicos», de que v. nota 5) en que ya desde *Las Nubes* trataba su sociedad de encuadrar a Sócrates.

nos estimables, íbanlos ejecutando, mientras a muchos se los ganaban para hacer mal a otros, dijo Sócrates una vez que tendría él por caso extraño que uno que hubiera venido a ser pastor de una vacada y se dedicara a hacer menguar en número y a estropear las vacas no reconociera que era un mal vaquero; pero por más extraño todavía que quien ha venido a ser dirigente de un pueblo y se dedica a hacer menguar en número y estropear a los ciudadanos no sienta vergüenza de ello ni tampoco crea ser un mal dirigente de su pueblo. 33. Conque habiéndoles sido referidas esas palabras a los Treinta, hicieron Cricias y Caricles comparecer a Sócrates y, mostrándole la ley, le prohibieron tener conversaciones con los jóvenes. 34. A lo que Sócrates les preguntó a su vez si le estaba permitido pedir aclaraciones en caso de que no entendiera algún punto de las órdenes que se le daban. Y ellos dos dijeron que sí. «Bien, pues yo, desde luego—dijo—dispuesto estoy a obedecer las leyes; pero no vaya a ser que por ignorancia cometa alguna transgresión contra ellas sin darme cuenta, una cosa quiero que me aclaréis, a saber: si a eso de “el arte de los razonamientos”, del que mandáis abstenerse, entendéis que hay que suplicarle “con razones leales” o bien “con razones engañosas”; porque si fuera “con leales”, es claro que se trataría de abstenerse de razonar lealmente, y, si fuera, en cambio, “con engañosas”, queda claro que hay que tratar de razonar lealmente.» 35. Conque Caricles, irritado ya con él, «Bueno, Sócrates—le dijo—, puesto que eres ignorante, he aquí una orden para ti bien fácil de entender: no hablar en absoluto con los jóvenes.» A lo cual Sócrates: «Pues entonces—dijo—, para que no pueda caber duda de si estoy o no haciendo otra cosa que lo que me está ordenado, delimitadme hasta cuántos años hay que considerar que son jóvenes los hombres.» Caricles a esto replicó: «Hasta la edad justamente que no les es permitido tomar parte en el Consejo por suponerse que no tienen todavía capacidad de juicio; igualmente no converses tú con menores de treinta años.» 36. «Ni aun cuando tenga que comprar algo—dijo—, si lo vende uno menor de treinta años, ¿tampoco puedo preguntarle que por cuánto lo vende?» «Sí, claro está; en casos como éstos—respondió Caricles—; pero es que lo que pasa es que tú, Sócrates, tienes la costumbre de, sabiendo las más de las veces cómo son las cosas, preguntar por ellas; así que son esas preguntas las que no tienes que hacer.» «¿Ni tampoco debo contestar entonces—dijo—si me hace una pregunta alguno que sea joven, aun cuando lo sepa, como, por

ejemplo, que dónde vive Caricles o que dónde está Cricias?» «Claro que sí en esos casos», contestó Caricles. 37. Y Cricias, interviniendo: «Pero hay temas, desde luego, Sócrates—le dijo—, de los que no tendrás más remedio que abstenerte: los zapateros y los carpinteros y los herreros<sup>18</sup>, que es que además yo creo que deben de estar ya agotados de tan traídos y llevados que los tienes.» «Y también entonces—dijo Sócrates—de los que suelen seguir a éstos, de lo justo y de lo santo y de los otros de ese estilo.» «Sí, a fe mía—saltó Caricles—, y también de los vaqueros, por supuesto; y si no, ándate con cuidado, no sea que vayas tú a contribuir a la disminución de la vacada.» 38. Con lo cual de paso quedó claro que, por habérseles comunicado los propósitos acerca de las vacas, estaban irritados contra Sócrates. Cómo, pues, vino a ser para Cricias la relación con Sócrates y en qué disposición estaban el uno con el otro, queda así explicado. 39. Y añadiría yo que a nadie puede provenirle enseñanza alguna de persona que no le resulta grata. Pero Cricias y Alcibíades acompañaron a Sócrates sin resultarles grato en todo el tiempo que lo acompañaron, sino que desde un principio estaban ya lanzados a destacarse en la política. Y, en efecto, ya cuando andaban aún con Sócrates con ninguna otra gente trataban con más gusto de entablar conversación que con los hombres que más actividad tenían en los asuntos públicos. 40. Por ejemplo, se cuenta que Alcibíades, antes de haber cumplido los veinte años, tuvo con Pericles, que era tutor suyo y al mismo tiempo quien estaba entonces al frente del Estado, la siguiente conversación acerca de las leyes. 41. «Contéstame, Pericles—cuentan que le dijo—: ¿podrías explicarme qué es una ley?» «Pues sí, ciertamente» que respondió Pericles. «Explícamelo, pues, en nombre de los dioses—Alcibíades le había dicho—: que es que yo, al oír a algunos que los alaban de que son hombres de ley, pienso que no podrá merecer tal alabanza el que no sepa qué es una ley.» 42. «Bien,

18. Para cualquier lector de los diálogos platónicos y de estos mismos *Recuerdos* es notorio que esto de comenzar con cuestiones de los oficios debía ser, en efecto, característico de la conversación socrática, y no como mero ejemplo—cabe sospechar—del que pasar a actividades más sublimes, sino como medio de mantener esas actividades pretendidamente más sublimes atenuadas al mundo real, al que de hecho pertenecen, representado por los aspectos más inmediatos de la producción y la economía.

pues nada tiene de difícil ese deseo que te ha entrado, Alcibíades—habría Pericles respondido—, de querer saber qué es una ley; pues leyes son ésas todas que el pueblo, reunido en asamblea y previa aprobación, ha puesto por escrito, declarando lo que debe hacerse y lo que no.» «Y eso ¿cómo, partiendo del supuesto de que las cosas buenas son las que se deben hacer o de que las malas?» «Las buenas, a fe mía, muchacho—que le dijo—, y de que las malas no.» 43. «Y cuando no es el pueblo, sino, como allí donde hay oligarquía, unos pocos son los que, reunidos, ponen por escrito qué es lo que hay que hacer, ésas ¿qué son?» «Todo aquello—le habría contestado—que el poder soberano de la nación, después de haber deliberado lo que hay que hacer, lo pone por escrito se llama ley.» «También cuando haya un dictador entonces que, teniendo el poder de la nación, promulgue por escrito a los ciudadanos qué es lo que hay que hacer, ¿eso también es ley?» «Todo también aquello—le habría dicho—que un dictador en el poder promulga, también eso se llama ley.» 44. «Pero la violencia y lo sin ley—que dijo él—, ¿qué es, Pericles? ¿No se dice de cuando el más fuerte al más débil, sin mediar persuasión, sino haciéndole fuerza, le obliga a hacer lo que a él le place?» «Sí, yo es lo que creo», habría Pericles respondido. «Así que, por tanto, todo aquello que el dictador, sin haber persuadido a los ciudadanos, les obliga a hacerlo promulgándolo por escrito es la violencia y lo sin ley.» «Así me lo parece—que contestó Pericles—, lo cual quiere decir que retiro aquello de que todo lo que el dictador, sin mediar persuasión, promulga por escrito sea ley.» 45. «Y lo que una minoría, sin haber persuadido a la mayoría, sino dominando sobre ellos, promulgan por escrito, eso qué, ¿decimos que es violencia o decimos que no lo es?» «Todo aquello—habría dicho Pericles—cuanto uno, sin haber persuadido, obliga a hacer a otro, ya sea promulgándolo o sin promulgarlo por escrito, me parece que es más bien violencia que no ley.» «También, por tanto, todo lo que el pueblo, en su conjunto, ejerciendo dominación sobre los poseedores de los medios, promulga por escrito, sin haberlos persuadido, violencia debe ser más bien que ley.» 46. «Por cierto que también nosotros, Alcibíades—cuentan que Pericles dijo entonces—, cuando éramos de tu edad, muy hábiles nos éramos en esta especie de cuestiones, pues en otras tales nos ensayábamos y aguzábamos el ingenio, como son esas en las que tú ahora parece que te ensayas.» Y que Alcibíades respondió: «¡Ojalá, Pericles, te hubiera entonces encon-

trado yo cuando estabas en lo sumo de tu habilidad para cuestiones como éstas!» 47. En fin, lo cierto es que tan pronto como ellos supusieron que estaban por encima de los hombres que llevaban los asuntos públicos, ya no más acudían a juntarse a Sócrates (pues, aparte de que no les era grato en otras cosas, además les molestaba verse, cada vez que se acercaban, sometidos al examen de los errores en que caían), y pasaron, en cambio, a dedicarse a la política, que era justamente para lo que, en principio, habían acudido a Sócrates. 48. Pero ahí está Critón, que era de la compañía de Sócrates, como lo eran Querefonte y Querécrates y Hermógenes<sup>19</sup> y Simías y Cebete y Fedondas y otros, que con él andaban no con mira de llegar a destacarse en la asamblea ni los tribunales, sino para poder, una vez hechos verdaderos hombres de bien, habérselas debidamente con casa y con criados, familiares y amigos, ciudad y ciudadanos. Y de éstos no hubo uno que ni de joven ni de viejo hiciera mal ninguno ni de nada fuera culpado. 49. Pero lo cierto es que Sócrates—decía el acusador—enseñaba a hacer desprecio y mofa de los padres en cuanto hacía ver, por una parte, que a los que con él andaban los hacía más sabios él que no los padres, y se dejaba decir, por otra, que, de acuerdo con la ley, al que convenciera de trastorno mental, aun a su padre que fuera, le estaba permitido hacerlo encarcelar, usando esto como prueba de que era de ley que el más necio fuera en prisión tenido por el más sabio. 50. Lo que Sócrates opinaba es que quien mete en prisión a otro por su poco seso con justicia podría ser tenido en prisión él mismo por los que entienden cosas que él no entiende. Conque a propósito de tales casos indagaba muchas veces en qué se diferencia locura de ignorancia; y era de parecer que los que estaban locos, por conveniencia, tanto para ellos como para los suyos, podían ser encerrados, mientras que quienes no entendían lo que debieran, por justicia tenían que ir aprendiendo de los que entendían. 51. Pero es cierto—decía él acusador—que Sócrates, no ya a los padres, que también a los demás parientes les hacía perder en el respeto y honra de los que

19. Los hermanos Querefonte y Querécrates aparecen en el II, III, 3 y 47, y Querefonte, en la *Apol.*, 14; Hermógenes (cuyo nombre los manuscritos dan aquí como Hermócrates), en II, X, 1 (v. nota 75), en IV, VIII, 4 (v. nota 167), así como en la *Apología* y el *Convite*; todos ellos (menos Querefonte, que había muerto antes) son conocidos por los diálogos platónicos como fieles a Sócrates en los días de su muerte.

con él andaban, al decir que ni a los que están enfermos ni a los que en pleito están metidos les sirven para nada los parientes, sino los médicos a los unos y a los otros los que entienden en litigios. 52. Y aun afirmaba que de los amigos venía a decir lo mismo, que de ningún provecho era que tuvieran buena voluntad, si no estaban además en condiciones de prestar ayuda; y que se pronunciaba en el sentido de que sólo merecían ser tenidos en consideración aquellos que sabían lo que debe hacerse y eran capaces de hacerlo comprender; que, en suma, llevando a los jóvenes a la convicción de que era él sabio entre todos y entre todos hábil en hacer también sabios a otros, en tal disposición dejaba a los que con él seguían, que a los ojos de ellos para nada contaban a su lado todos los demás. 53. Y sí, yo sé que tanto acerca de padres como de los otros parientes y de amigos solía él decir cosas de éstas, y aun otras más para remate, a saber, que, en cuanto se ha escapado el alma, que es el solo sitio en que reside la inteligencia, el cuerpo, aunque sea del más íntimo y querido, suelen los hombres sacarlo afuera lo más pronto que pueden para hacerlo desaparecer. 54. Y decía que, aun viviendo, cada uno, que es el mayor amigo de sí mismo, de su propio cuerpo todo lo que sea inútil o perjudicial se lo arranca él o se lo da a arrancar a otros: sí, que por sí mismos separan de su ser las uñas y los cabellos y los callos, y a los médicos con fatigas y con dolores les dan a cortar y les dan a cauterizar, y aun por ello estiman que se les debe agradecimiento y paga de honorarios: y asimismo la saliva la escupen de la boca lo más lejos que pueden, porque no les sirve de nada quedándose allí dentro, sino que antes bien les exhortación a enterrar a los padres vivos y a cortarse trozos uno exhortación a enterrar a los padres vivos y a cortarse trozos uno mismo, sino que, demostrando así que lo que es sin conciencia es cosa sin valor, invitaba a poner el cuidado en ser lo más consciente posible y lo más útil, de tal modo que, si por un padre, si por un hermano, si por otro cualquiera quería ser estimado uno, no fuera, confiándose en aquello de ser familiar suyo, a descuidarse, sino que tratara de ser para aquellos de quienes quería ser estimado útil y beneficioso<sup>20</sup>. 56. Pero decía el acusador tam-

20. Todo este pasaje en que se defiende a Sócrates de la acusación de hacer a los que le oían despreciar el criterio de padres y mayores ante el de la razón o el suyo mismo (lo cual en *Apol.*, 20, reconoce Sócrates en cuanto se refiere a educación; y la acusación

bién que, escogiendo de los más famosos poetas los más turbios pasajes y apoyándose en ellos para testimonio, enseñaba a los que con él andaban a ser malhechores y tiránicos: a saber, aquello de Hesíodo en primer lugar,

*nunca afrenta hacer algo, y no hacer nada es afrenta,*

que esto, en fin, lo explicaba él en el sentido de que el poeta aconsejaba no abstenerse de ninguna clase de actividad, ni dañina ni indecente que fuera, sino dedicarse incluso a éstas por mor de la ganancia. 57. Pero lo que había es que Sócrates, una vez llegado al acuerdo de que ser trabajador es útil para el hombre y bueno y el estar sin trabajo en cambio dañoso y malo, que hacer algo es bueno y malo no hacer nada, concluía que los que hacen algo bueno trabajan y son trabajadores, mientras que los que juegan a los dados o se dedican a otra cosa cualquiera vil y perjudicial no trabajan ni hacen nada. Y, visto desde aquí, bien puede tener razón lo de que

*nunca afrenta hacer algo, y no hacer nada es afren-  
[ta<sup>21</sup>.*

58. También aquello de Homero decía el acusador que lo citaba muchas veces, donde cuenta que Odiseo

*todo al que encontraba señor y varón de rango,  
con gentiles palabras lo contenía a su vera:  
«Hombre de dios, en ti no es bien como vil ate-  
[rrarte;  
no, sino ea, asiéntate y planta ahí a tus gentes.»  
Mas del pueblo al que hallaba y que lo veía gri-  
[tando,*

está ya en *Las Nubes*, 1321 y ss., en que Fidípides apalea a su padre en nombre de la razón) refleja un conflicto entre conciencia y autoridad, confusamente expuesto aquí por Jenofonte, que era, sin duda, bien socrático.

21. El verso (*Trabajos y Días*, 311) tiene una ambigüedad gramatical, por la que puede leerse que «el trabajo no es ninguna afrenta» o que «ningún trabajo es afrenta». La interpretación de 57 puede reducirse a algo aceptablemente socrático: una inversión de sujeto y predicado: puesto que se dice que la acción es buena, se deduce que una acción que sea mala no debe llamarse acción.

con el cetro hostigábale y de su voz le aguijaba:  
«Hombre de dios, queda quieto y atiende aviso de

[otros  
que hay de más peso que tú: sin fuerza tú ni coraje,  
ni eres de cuenta jamás en lid ni de cuenta a con-  
[sejo»<sup>22</sup>.

Que estos versos los interpretaba en el sentido de que el poeta aprobaba el dar de palos a la gente del pueblo y a los pobres. 59. Pero Sócrates no decía eso; como que eso, además, vendría a ser opinar que se le debía apalear a él mismo; no, sino que decía que a los que no sirven para nada ni en obras ni en razones y que ni a ejército ni a nación ni al pueblo mismo son capaces, cuando haga falta, de prestar ayuda, sobre todo, si encima de eso son osados y descomedidos, había que retenerlos fuera como fuera, aun con todo lo ricos que se pudiera dar que fueren.

60. Y a bien que Sócrates por su parte, bien al contrario de todo eso, notorio es lo popular y humano que era. Pues fue tal que, habiéndose hecho con muchos aficionados suyos, tanto ciudadanos como forasteros, de ninguno sacó nunca honorarios por su trato, sino que a todos sin cálculo ni tasa proveía de lo que en él hubiera; de lo cual algunos unas pocas migajas que habían recibido de él gratuitamente iban vendiéndoselas bien caras a los otros, y no eran populares como él lo era: pues con los que no tenían dinero para darles no querían tener conversación<sup>23</sup>.

61. Y por cierto que Sócrates también ante los ojos del resto de la humanidad le daba a nuestra ciudad gala y lustre mucho más que Licas<sup>24</sup> a la de los lacedemonios, que tanto ha venido a ser famoso en nombre de ello. Porque, si es verdad que Licas, en las fiestas de los juegos juveniles, convidaba a los forasteros que acudían a visitar Esparta, Sócrates, a lo largo de su vida entera, haciendo dádiva de sus bienes, rendía los mayores beneficios a todos los que lo querían; pues hacerlos ser mejores era su regalo de despedida. 62. A mí Sócrates, en suma, siendo así como era,

22. Los versos son de la *Iliada*, II, 188-191, y 198-202, cuando Ulises trata de contener la retirada de los griegos.

23. Se dice que se alude sobre todo a Aristipo (II, I, I, y III, VII, I, v. notas 39 y 111).

24. Sobre Licas y su hospitalidad véase Plutarco, *Cimón*, 10; las fiestas consistían sobre todo en danzas de muchachos desnudos en honor, principalmente, de Apolo.

más me parecía que fuera merecedor de honra ante el estado que no de muerte. Y aun examinándolo según las leyes, lo mismo puede reconocerse. Pues según las leyes todo el que sea convicto de robo, de despojo de prendas o violación de bolsas, o de asalto a casas o de venta de libre como esclavo o de saqueo de sagrados, a éstos son a los que les corresponde la muerte como pena; cosas todas de las que estaba él más lejos que cualquier otro hombre.

63. Pero veamos aún: frente al estado no fue culpado nunca de mal suceso en guerra ni de rebelión ni de traición ni de otro mal ninguno; ni por cierto que tampoco en lo privado desposeyó jamás de bienes a ningún hombre ni a ninguno ocasionó males; qué digo, ni aun fue nunca acusado de nada de lo dicho.

64. ¿Cómo puede entonces haber quedado comprendido en la acusación? Él, que, lejos de no reconocer dioses, como quedó en la acusación escrito, notorio era que rendía a los dioses culto más que ningún hombre, y que, lejos de corromper a nuestros jóvenes, que hasta de eso llegaba el que le acusó a culparle, sabido es de todo el mundo que de aquellos que con él andaban a los que estaban poseídos de dañadas ambiciones trataba de apartarlos de ellas, y en cambio la más digna y gloriosa de las virtudes, por quien se rigen hogares y ciudades en vivienda buena, los dirigía a desealarla. Conque, siendo eso lo que él hacía, ¿cómo pudo no ser digno de gran honra ante el estado?

*CAPITULO III.1.* Mas, sea como sea, en apoyo de mi parecer de que era él beneficioso a los que con él andaban, por un lado con el hecho de presentarse él mismo y hacer ver cómo era, y por otro además en sus conversaciones, voy, en fin, de las cosas a ello pertinentes a poner por escrito cuantas pueda recordar. En primer lugar, pues bien, respecto de los dioses era bien notorio que tanto en obras como en palabras iba de acuerdo con la norma que suele dar la Pitia por respuesta a los que le interrogan bien acerca de sacrificios, bien de las honras y atenciones debidas a los antepasados o bien acerca de otro asunto de esa clase: pues, si la Pitia suele responder que, según la ley de la ciudad obrando religiosamente obrarán también, del mismo modo Sócrates obraba él y aconsejaba a los demás; y a los que de otro modo hacían los tenía por importunos y por frívolos. 2. Y asimismo la oración que a los dioses les dirigía era simplemente la de que dieran lo que fuera bueno, en el entendimiento de que los dioses mejor que nadie saben qué cosas y cuáles sean buenas. Y los que rezaban

por oro o por dinero o por el poder supremo de su pueblo o por alguna otra cosa de ese estilo, en nada estimaba que su rezo fuera diferente que si pidiesen una partida de dados o bien una batalla o cualquier otra cosa de las que son manifiestamente inciertas en cuanto a cuál será su resultado<sup>25</sup>. 3. Y al hacer los modestos sacrificios que a sus modestos recursos correspondían, en nada pensaba que quedara por debajo de los que, contando con muchos y magníficos bienes, muchos y magníficos sacrificios hacían. Pues ni en los dioses estaría bien—decía él—que se gozaran en los grandes sacrificios más que en los modestos (que si no, muchas veces les habrían resultado más gratos los dones venidos de los malos que los de los honrados), ni a los hombres les valdría la pena de vivir, si los dones de los malos más gratos les resultaran a los dioses que los venidos de los hombres honrados; no, pues, sino que creía que los dioses es con las honras de los más piadosos con las que más se gozan. Y así solía citar con aprobación el verso aquel:

*Y a tu medida tu ofrenda hacer a los dioses sin*  
[muerte<sup>26</sup>.

Y aun también para con los amigos y los convidados y todo trato y régimen de vida decía él que buen consejo era el de «a tu medida hacer». 4. Y si algo le parecía que le era indicado de parte de los dioses, más difícil hubiera sido persuadirle a obrar en desatención de sus indicaciones que si hubiera querido uno persuadirle a tomar por guía de su camino a uno ciego y que no lo conociera en lugar de uno que viera bien y que supiera su camino; y asimismo denunciaba la insensatez de todos esos otros que obran desatendiendo las indicaciones de los dioses por atención y miedo a la reprobación entre los hombres. En cuanto a él, todas las atenciones humanas desdeñaba frente al consejo venido de los dioses. 5. Por lo que atañe al régimen de vida con que educó su espíritu y su cuerpo, era tal que cualquiera que de él usara, como no se diera la intervención de algo sobrehumano, en confianza y despreocupación podría pasar la vida, ni tendría que penar por el gasto a que montaba. Pues a tal extremo era económico que no sé yo si habrá un hombre que tenga un trabajo tan

miserable como para no ganar lo que a Sócrates le bastaba. En cuanto a comer, consumía de pan tanto cuanto podía comer con gusto; y a ese pan venía en tal disposición que el deseo de pan le sirviera de compango; y en cuanto a bebidas, cualquiera le era dulce por el procedimiento de no beber sino cuando tenía sed. 6. Y cada vez que, convidado, quería acudir a alguna cena, aquello que suele ser en general de lo más penoso, tener cuidado con hartarse más allá de la saciedad, con toda facilidad guardaba él ese cuidado; y a los que no podían hacerlo así les avisaba de guardarse de los alicientes que animaban a comer sin tener hambre y a beber sin sed; pues decía que éstos eran los que arruinaban los estómagos y las cabezas y los espíritus. 7. Y aun aseguraba en son de burla que él tenía por cierto que era precisamente regalándolos con muchos productos de éstos como Circe<sup>27</sup> convertía en cerdos a la gente; y que Ulises, así por los avisos de Hermes como por ser él de por sí muy continente, al haberse apartado de tomar de cosas tales más allá del límite de la hartura, gracias a eso no se vio convertido en cerdo. 8. Con propósitos así acerca de materias de esas solía bromear con toda seriedad. Y asimismo de los placeres y pasiones del amor a los mancebos aconsejaba el apartarse resueltamente: pues decía que no era fácil, una vez metido en ellos, mantener medida ni cordura. Vaya por caso, que, habiendo cierta vez sabido de Critobulo, el de Critón, que había dado un beso al hijo de Alcibíades<sup>28</sup>, hermoso mancebo a la sazón, comenzó a preguntarle delante de Critobulo a Jenofonte: 9. «Dime, Jenofonte—así le dijo—, ¿no contabas tú a Critobulo entre los hombres cuerdos y prudentes más bien que entre los osados, y más bien entre los previsores que entre los insensatos y temerarios?» «Por cierto que sí», repuso Jenofonte. «Pues bien, de ahora en adelante ve considerándolo como hombre de los más arrojados y de sangre más ardiente: ahí donde lo ves, es capaz de hacer títeres sobre espadas desenvainadas y de echarse de un salto en una hoguera.» 10. «Y, ¿cómo, pues?»—dijo Jenofonte—: ¿lo has visto haciendo algo de eso, para

27. Las operaciones de Circe, en *Odisea*, X, 135 y ss.

28. Otra conversación con este hijo de Critón tenemos en II, VI, 1 (v. nota 53). En cuanto al hijo de Alcibíades muchos piensan que hay una confusión o en el nombre o en el parentesco (cfr. nota *Simp.* IV, 12, 34). Es ésta la única vez que Jenofonte se saca a sí mismo como interlocutor.

25. La cuestión de la fórmula genérica del rezo aparece también en *Alcibiades II*, 143 a.

26. El verso es el 336 de Hesiodo, *Trabajos y Días*.

sacar tal opinión de él?» «Pues ¿no es él—dijo—el que se ha atrevido a dar un beso al hijo de Alcibiades, tan guapo como es y estando, como está, en la flor de sus encantos?» «Vaya, pues con todo—dijo Jenofonte—, si así es la osadía y temeridad, me parece que también yo me atrevería a afrontar ese peligro.» 11. «¡Ay desdichado!—dijo Sócrates—, y ¿qué supones tú que te puede pasar después de haber besado a un gentil mancebo? ¿Qué otra cosa sino en seguida ser desde ese momento esclavo en vez de libre y hacer mil gastos en deleites dañadores, no tener ni un momento para atender a nada decente y digno y verte forzado, en cambio, a preocuparte por cosas de que ni un loco se preocuparía?» 12. «Por vida de Hércules—repuso Jenofonte—, ¡qué terrible lo cuentas el poder del beso!» «Pues ¿de eso—dijo Sócrates—te asombras? ¿No has oído—dijo—de las tarántulas<sup>29</sup>, que no abultan ni lo que una perra chica, que, con sólo que toquen en la boca, deshacen de dolores a un hombre y lo sacan de su sano juicio?» «Sí, a fe mía—dijo Jenofonte—; porque es que las tarántulas inyectan no sé qué al dar el muerdo.» 13. «¡Ah, tonto! dijo Sócrates—, y ¿no crees tú que los muchachos lindos, al dar un beso, inyectan alguna cosa que tú no ves? ¿No sabes que esa bestezuela que llaman mancebo lindo y en flor de edad es en tanto más temible que las tarántulas cuanto que ellas es al tocar, pero esa otra no ya tocando tan siquiera, sino que en el momento que la mire uno suelta un veneno y, aunque sea a gran distancia, de tal poder como para hacerle volverse loco? Que tal vez justamente a los Amores se les llama por eso arqueros, porque aun de lejos hieren los hermosos. Pues mira, a ti te doy aviso, Jenofonte, que en cuanto veas algún muchacho lindo, salgas a todo correr huyendo; y a ti, Critobulo, te aconsejo irte a pasar un año fuera, pues apenas si con todo ese tiempo podrá ser que vengas a curarte de la mordedura.» 14. De ese modo, en fin, también respecto a los tratos amorosos estimaba que los que no tuvieran sobre ellos un dominio bien seguro debían atenerse a aquellos que fueran tales que, de no demandarlos el cuerpo urgentemente, no había el alma de caer en ellos, y de demandarlos, no habían de acarrear complicaciones. Cuanto a él, notorio era que en ese respecto de tal modo bien dispuesto estaba, que más

29. Dada la inseguridad en las correspondencias de los nombres de animales, no es del todo seguro que se trate de la tarántula: *φαλάγγιον* es el nombre griego.

fácilmente se podía apartar de los más hermosos y más en flor de sus encantos que no otros de los más feos y más fuera de edad. 15. Conque, en suma, referente a manjares y bebida y afectos amorosos ésas eran las disposiciones que tenía, y aun pensaba que en modo alguno alcanzaba él un placer menos satisfactorio que los que mucho se agitan y fatigan por esas cosas, y que sacaba, en cambio, mucho menos pesar.

*CAPITULO IV*<sup>30.1</sup>. Pero si es que algunos creen de Sócrates, según un parecer que a veces se ha expresado por escrito acerca de él y que se ha expuesto con apoyo en ciertos datos, que en dirigir hombres hacia la virtud no ha habido ciertamente otro más hábil, pero que de guiarlos hasta ella no era ya capaz, tengan a bien ésos, partiendo del examen no ya sólo de las cuestiones con que a modo de tormento refutaba a fuerza de preguntas a los que todo creen saberlo, sino también de aquéllas en cuya conversación pasaba el día con sus acompañantes, comprobar si era o no capaz de hacer mejores a los que con él estaban. 2. Y voy a contar, en primer lugar, lo que una vez le oí decir acerca de lo divino disputando con Aristodemo<sup>31</sup>, al que apodaban por El Chico. Pues es el caso que habiéndose enterado que éste ni hacía ofrendas a los dioses ni les rezaba, que se supiera, ni acudía a la adivinación, y aún más, que se burlaba de los que hacían cosas de ésas, «Oyeme—le dijo—, Aristodemo: habrá algunos hombres a los que tengas en admiración por su arte y sabiduría.» «Cierto

30. Muy chocante resulta ciertamente todo este capítulo en boca de Sócrates, con tan desenfadado providencialismo y el alma humana como parte de la mente universal. Más de una vez ha sido tenido por apócrifo, como conteniendo doctrinas postsocráticas, estoicas por ejemplo. Pero está visto que estas deshonestas vulgarizaciones acompañan a la filosofía desde sus primeros pasos, retrotrayéndola constantemente a la religión, en oposición a la cual partía, y no podemos eximir a Jenofonte de haberse solazado con ellas hasta el punto de atribuírselas sin remordimiento al propio Sócrates, sobre todo contando con la justificación de que debía defenderlo a toda costa de la sospecha de impiedad y de la de que (como en este primer párrafo se ve bien claro) su actividad y discusión fuera de efectos meramente negativos.

31. En el *Simposio* de Platón (173 b) aparece este descreído Aristodemo como «pequeño, descalzo siempre..., aficionado de Sócrates como los que más de aquel entonces».

que sí», repuso. 3. Conque él: «Enuméranoslos—le dijo— por sus nombres.» «Bueno, pues en la composición, por ejemplo, de versos épicos yo, desde luego, a Homero es al que más admiración le tengo; luego, en el ditirambo, a Melanípides<sup>32</sup>, y en la tragedia, a Sófocles; en escultura, a Policleto, y en pintura a Zeuxis.» 4. «¿Cuáles te parece que merecen más admiración: los que fabrican imágenes sin sentido ni movimiento o los que seres vivos, dotados de acción y de inteligencia?» «Sin comparación, por mi fe, los que seres vivos, si ya no es—claro está—que es por una especie de azar como se producen tales seres, sino en virtud de designio y plan.» «Pero de entre unas cosas que no presenten indicios de para qué fin son y otras que estén manifiestamente destinadas a un servicio, ¿cuáles de ellas juzgas obras del azar y cuáles obras de plan y de designio?» «Lo natural es, desde luego, que las que se manifiestan destinadas a un servicio sean obras de designio y plan.» 5. «¿No te parece entonces que aquel que en un principio fabricara hombres fue con un criterio de servicio como los dotó de medios por los que percibir los varios fenómenos: ojos para ver lo visible y oídos para oír lo audible? Pues cuanto a los olores, ¿qué, si no hubiéramos sido dotados de nariz, de qué nos podrían haber servido? Y ¿qué sentimiento habría de lo dulce y de lo amargo y de todas las cosas gratas para el gusto si no se nos hubiera por discernedor de ellas insertado una lengua? 6. Y para más muestras de lo mismo, ¿no te parece también que tiene traza de una obra de premeditación esto de que, una vez ya que la vista es cosa delicada, se la haya cerrado bajo párpados, que, cada vez que hay que usar de ella para algo, se abren de par en par, mientras que se ajustan durante el sueño como las hojas de una puerta? ¿Y que, a fin de que los vientos no la dañen tampoco, se hayan plantado ahí, como una criba, las pestañas y que se hayan de cejas rebordeado las partes de encima de los ojos para que tampoco el sudor que caiga de la frente le perjudique? ¿Y lo de que el oído, a pesar de recibir todos los más varios sonidos, no se encuentre nunca lleno de sus resonancias? ¿Y que los dientes de delante sean en todos los animales apropiados para cortar, y apropiados, en cambio, los molares

32. «Ditirambos» eran cánticos en ritmos libres en honor especialmente de Dioniso. De dos Melanípides poetas ditirámicos que conocemos, éste debe ser el joven, muerto por 412, y del que sólo conservamos títulos y algún fragmento.

para, después de recibir de aquéllos, machacar? ¿Y aun la boca, por la que los animales mandan adentro aquellas cosas que apetecen, que esté tan cerca colocada de los ojos y de las narices, mientras que, en cambio, como quiera que aquellas que se expulsan sean repugnantes, hayan desviado los conductos de ellas y los hayan apartado lo más lejos posible de los sentidos? Tales cosas, tan previsoramente preparadas, ¿dudas aún si serán obras del azar o de un designio?» 7. «No, a fe mía—dijo—, que, a mirarlo de ese modo, desde luego talmente se asemeja todo eso a fábrica de no sé qué sabio artesano y aficionado de la vida.» «Pues, ¿eso de habernos imbuido un amor de hacer hijos y haber encendido en las paridas deseo de criarlos, y en las crías la mayor ansia de vivir y el mayor miedo de la muerte?» «Por supuesto que también eso tiene traza de maquinaciones de alguien que ha determinado que haya seres vivos.» 8. «Y tú mismo ¿crees que tienes algo de entendimiento en ti?» «A las pruebas: pregunta, pues, y te responderé.» «Y fuera de ti, en algún otro lugar, ¿no piensas que haya nada de entendimiento? Y eso ya sabiendo que de tierra no sino pequeña parte tienes en tu cuerpo de la mucha que hay de ella y breve porción de agua de la mucha que de ella hay, y así de los otros elementos en suma, que, siendo grandes como son, con una pequeña parte de cada uno que para ti has tomado ahí lo tienes ensamblado tu cuerpo; conque la inteligencia, en cambio, que es lo único, al parecer, que no está en lugar ninguno, tu pretendes<sup>33</sup>, por no sé qué buena suerte, habértela cogido toda, y estas cosas, grandes sobremanera y en número sin fin, piensas que se mantienen en tal buen orden por alguna especie de sin sentido y desentendimiento.» 9. «Por fe mía que es que no veo a los responsables, tal como de las cosas que aquí se desarrollan veo a los artífices.» «Como que tampoco ves tú a tu propia alma, que es del cuerpo señora y responsable; de modo que por la misma cuenta ya puedes sostener también que nada haces por designio, sino todo por azar.» 10. Conque Aristodemo: «De cierto que yo, Sócrates—dijo—, no desprecio la divinidad, pero es que ello es cosa demasiado elevada como para necesitar de mi servicio.» «¿Cómo entonces?—dijo—: cuanto más elevado aquello que se

33. «La inteligencia, en cambio, que es lo único, al parecer, que no está en lugar ninguno, tú pretendes...», admite en rigor una interpretación distinta: «la inteligencia, en cambio, tú, que no eres solo, a lo que hemos visto, en ningún otro respecto, pretendes...»

digna cuidar de ti, tanto más habrá que honrarlo.» 11. «Ten por seguro—dijo—que si creyera yo que hay dioses que se acuerden de los hombres para algo, no me desentendería de ellos.» «Pues cómo, ¿es que no crees que se acuerdan? Ellos, que, lo primero, de entre los seres vivos es el hombre al único que han hecho estar erguido; y la postura erecta, así como permite ver por delante más y prever las cosas, así también contemplar mejor lo de lo alto y aun estar menos sujeto a sufrir daños; que después, si a los otros animales de andadura les dieron pies, que el poder tan sólo de moverse les proporcionan, al hombre lo han dotado además de manos, que son las que realizan las más de las cosas por las que somos más que aquéllos afortunados. 12. Más aún, que teniendo ciertamente lengua todos los animales, sólo la de los hombres de tal condición la han hecho como para, tocando ya en un punto ya en otro de la boca, articular la voz y comunicarse los unos a los otros todo lo que quieren. Y aun aquello de haber dado a los otros animales los placeres del amor circunscritos a tal época del año, a nosotros ofrecémoslos, en cambio, continuamente hasta la edad de la vejez. 13. Pues bien, no le ha bastado todavía a la divinidad con haberse preocupado del cuerpo, sino que (lo que es el principal punto) también el espíritu que insuffó en el hombre le ha hecho ser el mejor de todos. Pues ¿qué alma hay de otro animal que haya alcanzado, en primer lugar, conciencia de los que han dispuesto las mayores y más hermosas ordenaciones, de que hay dioses? Y ¿qué raza otra que los hombres a los dioses adoran? O ¿qué especie de espíritu más capaz que el humano para precaverse ya del hambre, ya de la sed o de los fríos o calores, o de remediar a las enfermedades, o de ejercitar su fuerza, o de afanarse por algún aprendizaje, o que sea más capaz de cuantas cosas oiga o vea o las aprenda retenerlas en la memoria? 14. Pues ¿no es para ti más que claro que, en comparación de los otros animales, es la vida de los hombres como de dioses, sobrepujando a todos por natura, así en el cuerpo como en el espíritu? Que ni teniendo cuerpo de buey, aunque juicio de hombre, podría realizar lo que se le ocurriera; ni tampoco los seres que tienen manos, pero son sin entendimiento, tienen nada que valga. Y tú, habiendo recibido de la suerte ambos a dos los dones de más precio, ¿no crees que haya dioses que se ocupan de ti? Pues ¿qué tendrán que hacer para que creas que de ti se ocupan?». 15. «Cuando me envíen, como dices tú que envían, consejeros de que hay que hacer esto y no hay que hacer lo otro.» «Y cuando

a los atenienses, al consultar algo por adivinación, se lo comunican, ¿no crees que también a ti te lo están comunicando? ¿Ni cuando a los griegos, por medio de portentos que les envían, les dan avisos, ni tampoco cuando lo hacen para los hombres todos?; no, sino que, sacándote a ti solo de la cuenta, te abandonan en el descuido. 16. Y ¿crees que pueden los dioses haber en los hombres imbuido la creencia de que son capaces de hacer bien y hacer mal, si no tuvieran posibilidad de ello, y que los hombres, engañados a lo largo de tanto tiempo, nunca se hayan dado cuenta? ¿No ves que las más durables y más sabias de las humanas instituciones, los estados y los pueblos, son las más temerosas de la divinidad, y que las edades sensatas, las más cuidadosas de los dioses? 17. Amigo mío—dijo—, aprende de una vez que así la mente que en ti hay maneja y dispone como quiere de tu cuerpo: así también, pues, hay que creer que la inteligencia que en el todo hay va disponiendo las cosas todas como bien le cuadra, y no que tu vista va a poder alcanzar hasta muchos tiros de distancia, mientras que va a ser incapaz el ojo de la divinidad de ver todas las cosas en un tiempo, o que puede tu espíritu cavilar sobre los asuntos de aquí también y los de Egipto o de Sicilia, pero el entendimiento de la divinidad no es bastante a preocuparse a un tiempo de las cosas todas. 18. Si con todo, en fin, tal como sirviendo a hombres descubres a los que están dispuestos a devolverte sus servicios y haciendo favores a aquellos que agraden los favores, y aconsejándote con ellos te cercioras de quiénes son hombres de consejo, así también a los dioses los pones a prueba comenzando por servirles, conocerás de la divinidad que es tan grande y de tal modo que a un tiempo todo puede estarlo viendo y oyendo todo y estar en todas partes y al mismo tiempo de todo preocuparse.» 19. A mí, pues, me parecía que con esas conversaciones no sólo hacía a los que con él andaban apartarse, cuando estuvieran a la vista de los hombres, de acciones contra piedad, justicia ni decencia, sino también cuando en soledad se hallaran, toda vez ya que considerasen que nada en ningún momento de lo que hacían les pasaba a los dioses desapercibido.

*CAPITULO V.1.* Pero, en fin, si también el dominio de uno mismo es una noble y beneficiosa posesión para un hombre, consideremos si algo les hacía avanzar en ella al decir cosas como las siguientes: «Señores, si en ocasión de haber sobrevenido una guerra quisiéramos elegir al hombre bajo cuya guía nosotros estu-

viéramos más a salvo y peor daño hiciéramos a los enemigos, ¿íbamos a escoger a uno que supiéramos dominado por la gula, o por el vino, o por los placeres amorosos, por fatiga o por el sueño? Y ¿cómo íbamos a creer que semejante hombre ni habría de salvarnos a nosotros ni someter a los enemigos? 2. Y si, habiendo llegado al fin de nuestra vida, quisiéramos encomendar a alguien ya nuestros hijos varones a educar o nuestras hijas doncellas a guardar o ya a conservar nuestras haciendas, ¿juzgaríamos de confianza para eso al hombre sin dominio de sí mismo? Y a un esclavo intemperante, ¿le encomendaríamos o ganados, o almacenes, o dirección de obras? Pues para criado o para mandadero, ¿queríamos tomar ni gratis a uno de semejante condición? 3. Pues bien, si es que ni un esclavo tan siquiera sin dominio de sí mismo podemos aceptarlo, ¿cómo no va a merecer la pena guardarse por lo menos uno mismo de caer en ese estado? Pues a bien que no es como los codiciosos, que, quitándoles a los otros sus riquezas, piensan ellos de enriquecerse, como resulta el intemperante dañino para los demás y para sí mismo provechoso; no, sino perjudicial para los otros y mucho más para sí perjudicial, como no sea que no es el mayor de los perjuicios arruinar no ya sólo la propia casa, sino también el propio cuerpo y el espíritu. 4. Mas en buena compañía, ¿quién podría complacerse con un hombre de esa condición, del que se supiera que con el manjar y con el vino disfrutaba más que con los amigos y a las mujerzuelas festejaba más que no a los compañeros? Pues de cierto ¿no debe acaso todo hombre, considerando que es el dominio de sí cimiento de virtud, asentarle en su espíritu lo primero? 5. Pues ¿quién sin eso puede aprender nunca cosa buena o valederamente ejercitarse en ella? O ¿quién puede haber que, estando esclavizado a los placeres, no caiga en triste situación, así del cuerpo como del espíritu? Lo que es yo, ¡por la santa Señora! <sup>34</sup>, lo que creo es que un hombre libre tiene que rezar porque no le toque un esclavo de esa condición, y si está él esclavizado a tales placeres y pasiones, ir a los dioses en rogativa para que le toquen amos

buenos, pues sólo así podrá salvarse un hombre semejante.» 6. Y mientras hablaba de ese modo, todavía más temperante se mostraba y con más dominio de sí mismo en sus hechos que por sus palabras, pues no sólo dominaba las pasiones del cuerpo, sino también las del dinero, teniendo por cierto que aquel que recibe dinero del primero que llega está estableciendo un amo sobre sí y sometiéndose a una esclavitud no menos triste que ninguna otra.

*CAPITULO VI.1.* Mas de sus palabras vale también la pena de no dejar de lado las que tuvo con Antifonte <sup>35</sup>, el intelectual. Pues es el caso que una vez Antifonte, queriendo arrebatarle los acompañantes, acercóse a Sócrates y, estando delante aquéllos, habló así como sigue: 2. «Sócrates, yo confieso que creía que los que se dedican a la sabiduría tenían que venir a hacerse más felices; pero lo que es tú me parece que has sacado del filosofar los frutos más contrarios de eso. A la vista, pues, está que vives de una manera que no habría un esclavo que tratado de ese modo por su dueño lo aguantara: manjares que comes y bebidas que bebes, de lo más barato, y de vestido, andas envuelto en uno no ya sólo barato, sino el mismo para verano y para invierno, y te pasas la vida descalzo y sin camisa. 3. Y más aún, dinero, por supuesto, te niegas a tomarlo, cosa que ya sólo de recibirla alegría y que, guardada en tu poder, te permite vivir más libre y más agradablemente. Así que si, igual que en los demás oficios los maestros sacan a los aprendices imitadores de ellos mismos, tú también por ese camino llevas a los que están contigo, ve teniendo por cierto que eres maestro de miseria.» 4. Conque Sócrates, por respuesta, dijo: «Por lo que veo yo, Antifonte, convencido estás de que tan angustiosamente vivo que estoy seguro de que morirte preferirías antes que no vivir tal como yo. Ven aquí, pues, y examinemos qué es lo que te ha impresionado de insoportable y duro en esta vida mía. 5. ¿Será ello acaso que a los que reciben sueldo forzoso les es cumplir aquel trabajo por el que son pagados, mientras que yo, al no recibirlo, no me veo obligado a conversar con quien no quiera? ¿O es mi régimen de vida lo que menosprecias, en el sentido de que como cosas menos saludables

35. De este sofista celoso de Sócrates (que no tiene que ver con el orador Antifonte) sabemos por la *Suda* que se le llamaba «cocinero de discursos», que era autor de un tratado titulado *Verdad* y de un libro «Sobre la interpretación de los sueños» entre otros.

34. En el empleo del juramento «por la santa Señora», *ἡ ἁγία Ἥρα* (en vez del habitual *ἡ Δία*, «¡por Zeus!», que solemos traducir con «a fe mía», «a fe»), que era la fórmula propia de mujeres y que suele tener, por tanto, en boca de Sócrates un cierto tono irónico, es donde más puede revelarse la atenuación humorística de esta arenga, tan extraña a las costumbres de Sócrates, según las conocemos por los diálogos platónicos.

que tú o que proporcionen menos fuerzas? ¿O en el sentido de que sean más difíciles de procurar mis medios de subsistencia que los tuyos, como más escasos que son o más costosos? ¿O como que son más agradables para ti las cosas que te preparas que no para mí las que me preparo yo? ¿Es que no sabes que aquel que con más gusto come es el que menos necesita de vianda, y que el que bebe con más gusto es el que menos apetece de bebida que no haya a mano? 6. Pues ¿qué?: cuanto a vestidos, ¿sabes que los que se los cambian por mor del frío y del calor lo hacen y asimismo se protegen de calzado a fin de no verse impedidos de andar por lo que puede hacerles a los pies daño?; bien, pues hasta ahora ¿has tenido alguna vez noticia de que yo sea que por el frío me quede dentro de casa más que otros o que por culpa del calor me pelee por sombra con alguno o que por lastimárseme los pies no vaya a donde quiera? 7. ¿No sabes que los más flojos que sean por natura, en ejercitándose de su cuerpo, llegan a estar más fuertes que los más robustos que eran y que se descuidaron para aquellos ejercicios a los que se dedican y que más fácilmente los aguantan? Y yo entonces, ¿no crees que, ejercitándome constantemente con el cuerpo en todo lo que a mano viene, estoy más fuerte para soportar cualquier cosa que no tú, que no tienes ejercicio de ello? 8. Y para no estar sometido a gula ni a sueño y a lujuria, ¿crees que haya razón mejor que lo de tener otras cosas más agradables que éstas, que no dan gozo sólo en su disfrute, sino que ofrecen esperanzas de hacernos bien por siempre? Y a bien que una cosa sabes: que mientras los que piensan que nada les sale bien no tienen gozo, los que estiman, en cambio, que les marcha bien, ya sea una labranza, ya un negocio de barcos o cualquier otra cosa en la que se encuentren trabajando, se gozan en el pensamiento de que les salen bien las cosas. 9. ¿Piensas, pues, que de todos esos asuntos nace un placer tan grande como de considerar que uno mismo se va haciendo mejor y que amigos mejores se va ganando? Pues bien, yo paso la vida con crearme cosas como éstas. Y, por otra parte, si hiciera falta un día prestar ayuda a los amigos o a la nación, ¿quién de los dos dispondrá de más vagar para ocuparse de ellos: el que lleve una vida como yo ahora o el que lleve aquella que tú llamas dichosa? Y ¿cuál podrá de los dos salir a campaña más desembarazadamente: el que no puede vivir sin dispendiosas atenciones o aquel al que le baste lo que haya a mano? Y a un asedio, ¿cuál de los dos se rendirá más pronto: el que necesite de productos los más difíciles de encontrar o el que

se contente de sacar provecho de los que más fácilmente se le ofrezcan? 10. Diríase, Antifonte, que tú opinas que la felicidad es regalo y lujo y comodidades; mas lo que yo creo es que el no necesitar de nada es don divino, y el necesitar de lo mínimo posible lo más cercano a lo divino; añádase que lo divino es lo mejor de todo, y lo más cercano a lo divino, lo más cercano a lo mejor.» 11. Mas todavía, una otra vez, conversando Antifonte con Sócrates, le dijo: «Sócrates, yo a ti de cierto que hombre justo sí te considero, pero sabio no en modo alguno, y aun me parece que tú mismo lo reconoces que es así, pues no pides por tu frecuentación ningún dinero, y bien seguro, en cambio, que tu manto o tu casa o cualquiera de tus propiedades de la que estimas que vale algo a nadie no digo ya que de balde se la dieras, pero ni aun cobrando menos de su justo precio. 12. En fin, que está bien claro que si creyeras igualmente que tu frecuentación valía algo, tampoco pedirías por ella menos precio de lo justo. Así que justo sí que puede que lo seas, toda vez que no engañas por codicia; pero sabio no es posible, no siendo entendido en cosa al menos que tenga valor alguno.» 13. Conque a esto Sócrates le respondió: «Antifonte, entre nosotros es creencia que así la flor de la hermosura como la sabiduría maneras hay decentes y maneras deshonorosas de disponer de ellas. Pues la hermosura propia, si uno la va vendiendo por dinero al que la quiera, lo llaman prostituto, mientras que si uno toma a aquel que ha conocido como hombre de bien por amante suyo, a ése lo tenemos por juicioso y temperado; conque así también la sabiduría, a los que la van vendiendo por dinero al que la quiera, los llaman profesionales de la inteligencia<sup>36</sup>, como quien dice prostitutas, y, en cambio, de uno que al que ha conocido como de buen natural lo hace amigo suyo, enseñándole lo que pueda tener de bueno, de ése pensamos que está haciendo lo que corresponde a un hombre de bien y honesto ciudadano. 14. Así, pues, además también yo mismo, Anti-

36. «Profesionales de la inteligencia» traduce aquí σοφισταί; solían cobrar éstos bien por una lección (Sócrates pagó un dracma por oír una de Pródico: Platón, *Simp.*, 177 b), bien por un curso (Sócrates no pudo pagar los 50 dracmas que costaba uno de Pródico sobre Sinonimia: *Cratilo*, 384 b). El «nosotros» con que en estos párrafos se expresa Sócrates, más que referirse a sí mismo con plural de modestia (uso más bien raro en griego), parece incluir a sus compañeros.

fonte, tal como otro cualquiera que se goza con un caballo bueno o con un perro o con un pájaro, así también, y mucho más, me gozo todavía con los amigos buenos; conquie cuando en mí tengo algo bueno, se lo enseño, y si no, los llevo delante de otros de quienes considero que pueden sacar algún provecho para su virtud, y, en fin, los tesoros aquellos de los hombres sabios de antaño, que en herencia nos los han dejado en libros por escrito, desenrollándolos en común con los amigos, los voy pasando y, cada vez que vemos algo bueno, lo sacamos aparte y lo guardamos<sup>37</sup>, y así tenemos por ganancia grande cada ocasión en que venimos a ser útiles los unos a los otros.» En suma, que por mi parte, según le oía hablar así, me parecía que era él dichoso y que a los que le oían los guiaba por el camino de la honradez y de la nobleza.

15. Todavía otra vez también, preguntándole Antifonte cómo era que, mientras pensaba estar haciendo hombres públicos a otros, él en cambio no se dedicaba a la política, si es que entendía en ella. «Y ¿de qué manera, Antifonte—le contestó—, puedo dedicarme más a los asuntos públicos: si yo sólo me dedico a ellos o si me ocupo de que haya los más posibles que estén capacitados para poder a ellos dedicarse?»

*CAPITULO VII.1.* Pero examinemos todavía si es cierto que, apartando de presunción y de impostura a los que con él andaban, a ocuparse de virtud los dirigía: pues ello es que decía siempre que no había mejor camino para la buena fama que el de llegar a ser uno bueno en la medida justamente en que por bueno quería ser tenido. 2. Y que decía verdad en ello, así lo demostraba: «Porque consideremos—decía—, si uno que no sea buen flautista quiere parecerlo, ¿qué es lo que tendrá que hacer?—¿No será ello que tendrá que remedar a los buenos flautistas en los rasgos exteriores del arte? Y lo primero, como ellos tienen un hermoso vestuario y llevan en sus viajes muchos asistentes alrededor<sup>38</sup>, también a él se le impodrá el hacer lo mismo; luego,

como a ellos los aplauden y aclaman mucha gente, también mucha gente para aplaudirle tendrá él que amañarse. Mas, por supuesto, que lo que es un contrato de trabajo en modo alguno podrá tomarlo, so pena de quedar al momento desenmascarado y en ridículo, no sólo como mal flautista, sino también como impostor y presuntuoso. Pues bien, así, gastando mucho, sin sacar ganancia alguna, y encima de ello estando expuesto a la mala fama, ¿cómo no va a ser su vida trabajosa y sin fruto a la par que ridícula?

3. Y del mismo modo si quiere uno, sin serlo, parecer buen general o buen piloto, imaginémonos qué puede pasarle: ¿no es cierto que, si en su ansia de parecer capaz de desempeñar tales oficios no logra convencer de ello, esto ha de ser penoso, pero, si llega a convencer, más desastroso todavía? Pues es claro que, puesto al gobernalle de un navío quien en ello no entiende o bien a dirigir una campaña, ha de llevar a su perdición a quienes menos intención tenga de perderlos y en cuanto a él no sin deshonra y daño podrá salir del trance.»

4. Y también del mismo modo el tener reputación de rico y de valiente y de robusto sin serlo demostraba él que no tenía cuenta: pues decía que entonces se les imponían cargas mayores que las adecuadas a sus fuerzas, y que al no poder cumplirlas, teniendo fama de ser capaces para ello, no había perdón que les valiera.

5. Conque estafador llamaba ciertamente y no de poca nota a cualquiera que habiendo con buenas palabras conseguido de otro el préstamo de dinero o bienes, se lo arrebatara; pero rey de los estafadores a aquel que, no valiendo para nada, llega a tener engañado al mundo, persuadiendo de que es hombre él capaz de llevar las riendas del gobierno. A mí, pues, por mi parte, me parecía que también de la presunción y la impostura desviaba a sus acompañantes con semejantes conversaciones.

37. Esta noticia, casi aislada (véase, sin embargo, el *Menéxeno*), de Sócrates estudiando en libros en común con sus amigos no incluye en la expresión «lo sacamos aparte y lo guardamos» que se sacaran y archivaran notas, como después sería la práctica corriente en la Academia y las demás escuelas.

38. Precisamente en la época de Sócrates se había extendido la

costumbre de los conciertos de música sola y los virtuosos comenzaban a alcanzar el prestigio que de este párrafo se desprende.